

en su existencia ! ¡ Dichosos los que pueden esperar en el sueño descanso y alivio, porque su conciencia está tranquila !

El señor Gerrard se echó á reir.

— ¡ Ah ! ¡ Ah ! Esto lo habéis tomado del *Macbeth* (añadió). ¿ Acaso la vista de este guardarropa os ha dado gana de recitar á Shakespeare ?

Paddy, aunque ignoraba quién era Shakespeare, había adivinado, sin embargo, que existía alguna profunda herida en el alma del francés, con sólo oírle hablar de la manera que lo había hecho, dejándose arrastrar por la influencia de penosos recuerdos. Los niños, á veces, tienen la ignorancia, pero también el instinto de ciertos dolores. Paddy, que antes miraba á Placial con desconfianza, viendo en él como un peligro viviente para Genoveva, consideró entonces al domador con una curiosidad casi simpática. Su tierna alma, llena de piedad y de sufrimiento, había sido conmovida por el acento honrado de aquel desconocido.

El niño que ha sufrido puede compararse con el hombre desengañado.

Cuando Placial descendió con él del *Museo del crimen*, le dijo sin tutearle, como lo había hecho un momento antes:

— ¡ Si vais á casa de la señorita Perkins, yo os acompañaré !

El niño se estremeció, pero contestó :

— Como gustéis.

El domador apretó la mano de Gerrard, y le dió las gracias de nuevo.

— Á vuestra disposición (dijo el Inspector). Cuando queráis, el coronel Henderson nos autoriza todavía para auxiliaros en vuestras pesquisas.

— ¡ Oh ! (dijo Placial.) Os aseguro que encontraré las huellas por mí mismo.

¿ Encontrar las huellas ? Paddy tuvo miedo. ¿ Se trataba de encontrar á la *Francesa* ?

Era muy duro creer que aquel hombre de voz melancólica pudiera ser perverso hasta el punto de hacer daño á una mujer.

— Los franceses nunca dudáis conseguir vuestros propósitos (respondió, sonriendo, el inspector Gerrard). Una respuesta igual es la que precisamente me ha dado, hará como cosa de dos horas, el capitán Montpezat. Ha jurado, desde nuestro descalabro de la otra noche, coger por el cuello y con su propia mano á sus ladrones.

— Si lo ha prometido, lo realizará.

— Ya veremos, señor Estradère ; pero creo que....

El domador partió con Paddy, con objeto de no exponerse á las bromas del Inspector, haciéndose conducir con el niño á Belgrave-Square, que es uno de los barrios más aristocráticos de Londres, mandando detener el vehículo delante de la suntuosa casa que con su tío habitaba la señorita Eva Perkins. Durante el camino, Paddy no había pronunciado una palabra ; pero sus interrogadoras pupilas azules examinaban pensativas á Placial, que permanecía silencioso, y en cuyos ojos creyó sorprender el niño ardientes lágrimas.

Eva no se hizo esperar largo tiempo. Los criados del hotel se quedaron sorprendidos y un tanto ofendidos en su orgullo y dignidad servil, cuando le excéntrica joven, que á la sazón se desayunaba, dió orden para que introdujesen al francés y al desarrapado muchacho que le acompañaba.

Les recibió con mucha amabilidad. Placial la

encontró encantadora. Sus cabellos sueltos caían en ondas sobre el corpiño de su traje blanco. Se hallaba sentada en uno de esos sillones esculpidos y de forma gótica que están de moda en Inglaterra, y se ocupaba entonces en extender con el cuchillo manteca en una tostada de pan, bebiendo de cuando en cuando, y á pequeños sorbos, el te contenido en una preciosa taza de china.

El pequeño Paddy, que apenas se atrevía á pisar con sus pies la hermosa alfombra de terciopelo que cubría el pavimento de la estancia, admiraba mudamente á aquella preciosa joven, cuyos ojos azules eran tan dulces como expresivos, y cuyo cutis era de un blanco alabastrino tan puro, que hacía aparecer amarillenta la leche encerrada en una tetera que se hallaba colocada sobre la mesa.

Un criado, vestido de negro y con corbata blanca, permanecía de pie á una distancia respetuosa, detrás de la silla de la elegante señorita.

—Bien venido seáis, señor Estradère (repuso). ¿Habéis recordado que estoy dispuesta á seros útil en cuanto me pidáis? ¿Venís á proporcionarme el placer de probaros que podéis contar conmigo?

—Señorita (dijo Placial): he querido aprovechar la ocasión de daros las gracias de nuevo, viniendo á presentar este niño que quiere devolveros una sortija que habéis perdido en Roten-Row.

—¿Mi sortija? ¡Ah, qué dicha! ¡Mi sortija! (dijo la señorita Eva con transportes infantiles de alegría.) ¿La tenéis vos, hijo mío?

—Hela aquí, señorita,—dijo Paddy, alargándosela á la joven.

Ésta la tomó, y poniéndola en su dedo, dijo sonriendo:

—¡Ah! ¡soy completamente feliz! Sería superstición, pero temía la pérdida de esta sortija. Era regalo de una amiga de la infancia, que ha muerto. ¡Pobre Genoveva!

Y sus rojos labios se posaron un momento sobre la esmeralda.

—¿Genoveva?—repitió Placial.

Este nombre produjo á Estradère una emoción involuntaria, que no pasó desapercibida al pequeño Paddy.

—¿Qué recompensa queréis por este servicio?—preguntó la señorita Eva al niño.

—¿Qué recompensa?

—Sí, decídmelo.

—Pues ninguna, señorita. No pido nada. Devuelvo lo que no es mío, ya que me lo he encontrado. Vos no me debéis nada. No tengo necesidad de otra recompensa que la satisfacción con que recordaré el placer que os he dado devolviéndoos la sortija.

—¿De veras?—dijo la señorita Perkins, mirando al pobre niño con sus dulces ojos, que indicaban un gran asombro.

Y mientras que el criado, impasible, se decía para su colete que su ama perdía lastimosamente el tiempo al informarse de la suerte de aquellos patates, la joven rogó á Placial le refriese cómo había hecho el hallazgo aquel muchacho, y cómo había sabido la persona á quien pertenecía la sortija.

El domador comenzó entonces á relatarle su expedición á White-Chapel, explicándole el móvil que le había conducido allí, siendo escuchado con apasionada avidez por la joven, que se embriagaba de gozo, como si hubiera oído leer un recitado de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVO LEON  
 "ALFONSO REYES"  
 Aydo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Jorge Illiot, ó un poema de Tennyson, al encontrarse con una historia interesante.

Seguía con la imaginación á aquel hombre en todos los pasos dados en averiguación del paradero de la joven que trataba de salvar.

Escuchaba aquellas revelaciones, asombrada de tanta miseria acumulada allí, tan cerca de ella. ¡La miseria! No la había entrevisto más que sobre el camino de Hyde-Park, y esto desde su carruaje. Pero saber de pronto que existían tantas amarguras y dolores, estertores solitarios, agonías por el hambre, pobreza sin remedio, allí, en el mismo Londres, era horrible, y la noble joven pensaba que su lujo era como un insulto inferido á aquellos sufrimientos.

—¿Y esa niña vive en esas cloacas? (preguntó.) ¿Y tratáis de arrancarla de allí? ¡Ah! Eso está muy bien hecho; ese es el comportamiento de un hombre de corazón. ¿Y cuál es el nombre de esa pobre desdichada?

—Genoveva,—respondió Placial.

—¡Genoveva!—repitió Eva.

Á su vez se sentía conmovida, por la casualidad que hacía que la repitieran aquel nombre querido.

Miraba instintivamente á su esmeralda, recuerdo de aquella amiga muerta.

—¡Genoveva! ¡Oh, señor Estradère; creedme: si os puedo ayudar en la realización de vuestro propósito, lo haré con toda mi alma! ¡Genoveva! En verdad que me parece conocer ya á esa niña, á esa fugitiva, y me consideraría muy venturosa si pudiera algún día protegerla. Se me acusa de ser romántica, y soy simplemente una mujer que, como todas las mujeres, ama sus deberes y está dispuesta

á sacrificarse en aras de una buena acción. Hubiera seguido voluntariamente á miss Nightingale, para ayudarla á enterrar los muertos y cuidar á los heridos en Crimea. Tomaría con alegría el hábito de Hermana de la Caridad, como nuestros católicos. Amo el peligro que evita la sangre, y la piedad activa que da contento al corazón. ¡Ah! ¡Me interesa mucho vuestra Genoveva! ¡Cuánto daría por conocerla! Debe ser adorable. Si al encontrarla vos, careciere de algo, no olvidéis que estoy aquí, señor Estradère.

—Os doy las gracias, señorita. Dios os lo premie; pero soy suficientemente rico.

—Es verdad (dijo Eva). Acabo de deciros una simpleza. Los ricos creemos que con decir «¿Necesitáis dinero?», lo hemos dicho todo. Y, en cambio, encontramos niños como vos, amigo mío (añadió, mirando á Paddy), que nos dan lecciones de delicadeza. Os pido perdón por haberos hablado de dinero; he querido deciros que si vuestra Genoveva necesita de la ternura de una hermana, ¡aquí estoy yo!

El criado de corbata blanca no pudo reprimir un gesto de desagrado al oír esta palabra: «*una hermana*». Placial hubiera deseado arrojarse sobre las manos de aquella angelical criatura, para besárselas, llorando de agradecimiento.

Paddy, que, pálido, callado, había escuchado á Placial sintiendo latir violentamente su corazón, se adelantó entonces, después de pasarse las manos por la frente como para reunir sus recuerdos, y dijo al domador con tono brusco y resuelto:

—¿Sabéis que he sido yo el que os ha causado toda esa amargura?

Placial dejó de contemplar á Eva para mirar á Paddy.

—¿ Vos, Paddy?

—¿ Sabéis que hay un imbécil que os ha impedido encontrar á la *Francesa*, y que ese imbécil soy yo?

—¿ Vos?... ¡ Explicaos!... ¿ Cómo ha sido eso?

—¡ Ah! Ahora sí que me arrancaríais esto (dijo el niño, tirándose desesperado de los cabellos). Cuando me habéis hablado de la *Francesa* en la taberna..., ¿ os acordáis cuando el señor Gerrard me interrogó, hablándome de Patrick?... ¿ Recordáis?...

—Sí.

—Pues bien; yo me decía: ¡ Oh! ¿ qué querrán á Patrick Donegan? ¿ Tratarán de hacer algún daño á la *Francesa*? Y entonces corrí, corrí al *Campo de la Puerta Azul*, diciéndoles que huyeran, que los buscabais. ¡ Ah, imbécil de mí! ¡ Qué imbécil he sido! ¿ Me perdonáis, señor Estradère?

Paddy miraba á Placial de una manera tan suplicante, que el domador se sintió vivamente conmovido.

—Lo que ha sucedido no se puede remediar (le dijo). Ayudadme, pues, á encontrar á Genoveva; y, no solamente os perdonaré, sino que os lo agradeceré mucho.

—Hallarla. ¡ Oh! Esta vez será fácil,—gritó el muchacho.

—¿ Cómo?—preguntó la señorita Eva.

—¿ Cómo? Esta noche, á las ocho, nos reuniremos delante del Banco. Yo estaré allí. En seguida partiremos. Una hora más tarde abrazaréis á la *Francesa*. ¡ Ah! Por San Patricio, á fe de Paddy, si pudiera reparar el daño causado, sería muy dichoso, muy dichoso.

—¿ Y por qué no vais en pleno día al *Campo de la Puerta Azul*?—repuso Eva.

—Porque en pleno día, Tom-Black podía ver que se iba á buscar á la *Francesa*, y alborotar todo el barrio contra nosotros. Esto no sería cómodo, porque Tom-Black y su perro Nick estrangulaban á un hombre con tanta facilidad como cazan los gatos á un ratón. Es menester prudencia. Es necesario esperar á la noche.... ¡ Ah! Si creéis (dijo Paddy, riendo) que Wite-Chapel es como un boulevard, os engañáis.... ¡ Es difícil entrar allí; pero creo aún más difícil salir! Pero, como yo digo (añadió el pequeño irlandés, cuyos ojos azules llameaban), se saldrá, ¡ os lo juro! Iré á prevenir á Patrick, y Patrick, ya prevenido, nos esperará esta noche.

—¿ Patrick?

La manera con que Placial había pronunciado este nombre, que oía por tercera vez, hizo responder en seguida á Paddy.

—Sí, Patrick Donegan. Mi amigo, mi hermano mayor. El que ha velado por la seguridad de la *Francesa*, el que se dejaría cortar una mano por ella. ¡ Oh, la quiere mucho!

—¿ Que la quiere?—murmuró el domador con horrible angustia.

Aquel amor desconocido le espantaba.

La señorita Eva, al contrario, parecía complacerse al descubrir un reflejo de idealismo en aquella sombría historia. Adoraba, como todas las mujeres, las aventuras amorosas, y su imaginación exaltada inventó en seguida un drama, muy distante de la realidad, pero lleno de poesía.

—Quisiera ver á ese Patrick,—dijo.

—¡Ah! (replicó entusiasmado Paddy.) Veréis en él un arrogante y bravo muchacho.

La joven se echó á reír.

—Ese no es como el tunante de Tom-Black, cuyos puños son el espanto de todo el barrio, y que ha osado más de una vez rondar la habitación de Genoveva.

—¡Tom-Black! —gritó Placial.

—¡Oh! ¡pero ella sabe hacerse respetar! Y la mirada de sus preciosos ojos claros y profundos, ha hecho bajar más de una vez las pupilas de ese oso.

—Como vos lo hacéis con vuestros tigres, —dijo Eva á Placial, á quien aquellas palabras dejaron pensativo.

La noble señorita, después de terminar su desayuno, acostumbraba á pasar un rato en una especie de *boudoir* ó pequeño salón, entre cuyo mobiliario había una magnífica biblioteca. Allí recibía la visita de Carlos Harrisson, que de ordinario se presentaba á aquella hora en el hotel.

Aquel día le anunciaron también la visita del joven, el cual se presentó en la estancia con un traje gris azulado, una flor en el ojal, y estirándose los puños para hacer admirar su blancura.

La bella joven le tendió la mano, contestando con gracia infinita á su saludo.

El hijo de lord Harrisson se admiró de encontrar en casa de la señorita Eva al domador Estradère, acompañado de un pequeño vagabundo. En pocas palabras, la señorita Perkins le puso al corriente de lo que sucedía.

—¿Podéis creer, Carlos (dijo Eva), que tendría especial placer en acompañar al señor Placial en su excursión á White-Chapel?

El elegante joven abrió sus grandes ojos, y acariciándose la barba y estirándose se el bigote, dijo á su prima:

—Eso sería impropio, mi querida Eva.

En Inglaterra lo que es impropio es severamente censurado. Hay crímenes que se perdonarían mucho más fácilmente que una inconveniencia.

—Á fe mía (respondió Eva), que, impropio ó no, me seduce esa idea.

—¡Eva!... ¿Y pensáis?

—Sí lo pienso, primo mío. No soy aún vuestra mujer, y tengo el derecho de hacer uso de mi libertad de soltera como me plazca... ¡Oh! No la conservaré por largo tiempo, —añadió Eva.

Y volviéndose hacia Estradère:

—Os doy parte de mi próximo matrimonio con mi primo.

Carlos Harrisson enrojació de vergüenza. ¡Dar á un domador de fieras noticia de su concertado enlace, siendo así que aquella nueva, poco conocida todavía, iba á poner en conmoción á toda la *high-life* de Londres, era la mayor inconveniencia que podía cometerse!

Placial se inclinó.

—Mi primo tiene algunos defectos (añadió la joven riéndose), como todos los maridos; pero me contento con los suyos, que ya conozco desde la infancia.

El rostro de sir Carlos se había encendido de cólera. Se comprendía que estaba á punto de no poderse contener.

—Además (concluyó Eva), hay que adoptar un partido; el destino de las mujeres es el de ser desgraciadas.

Y se echó á reír, enseñando entre sus frescos labios los dientes más preciosos del mundo.

El hijo de lord Harrisson parecía anonadado.

—¡Qué ser tan original!—pensaba, contemplando á su prima.

Placial trató de retirarse. Pidió para ello permiso á la señorita Perkins; pero ésta le rogó prolongase su visita. La joven esperaba la llegada del doctor Morton y la del señor Jedediah Pickford, que justamente habían acompañado al domador en sus averiguaciones por Withe-Chapel. Quería consultarles si habría algún inconveniente en que ella acompañase á Placial y á Paddy.

—Ese proyecto es imposible,—dijo sir Carlos.

—¿Por qué?

—Pues, porque..., porque sois una mujer....

—¡También es una mujer la que busca el señor Estradère!

—Pero no existe comparación.... —objetó el joven.

La señorita Eva le cortó la palabra, comprendiendo que iba á decir una inconveniencia.

—Esta joven que el señor busca, es su hija. Conque, ¿qué decís? ¿Qué se os ocurre de nuevo, primo mío?

Sir Carlos, de rojo que estaba, se tornó pálido al oír aquellas palabras. Pretextó un ligero aturdimiento, sonrió, y guardó silencio.

—En buen hora (pensó Eva). ¡Oh! Le entiendo bien; una vez su mujer, haré de él lo que me plazca. Mandar en vez de obedecer, es, después de todo, un ideal como cualquiera otro.

El pequeño Paddy, impaciente por ir á advertir á Patrick, se marchó al poco rato, después de haber

convenido con el domador que éste le esperaría á eso de las ocho delante del Banco.

Placial aguardó todavía algún tiempo la llegada del doctor Morton y de Jedediah, que sabía iban á llegar: el doctor, para hacer una visita á la señorita Perkins; sir Pickford, para pedir á Eva que protegiese con su riqueza é influencia la obra de las *Bendiciones bíblicas para la propagación de la virtud*.

El señor Jedediah fué el primero que llegó.

Al entrar en el gabinete, saludó con humildad á la señorita Perkins, inclinándose ligeramente delante de Placial, á quien pareció no reconocer, tomándole sin duda por algún pretendiente de su caña.

—¿Cómo, sir Jedediah? (dijo Eva.) ¿Es esta la primera vez que veis á este caballero?

Jedediah trató de dar algunas explicaciones.

—¿Creo que habéis estado juntos en White-Chapel?

—Sí, es cierto, es cierto....; caballero, os pido mil perdones por no haberos reconocido; ¡pero soy tan corto de vista!.... Es una de esas dolencias físicas de las que se redimirá el cuerpo por la muerte. *Soy un miserable*, dice un elocuente versículo. ¿Cuándo la muerte destruirá mi cuerpo?

—¡Oh, señor Jedediah; guardad ese cuerpo, y decidme pronto lo que esperáis de mí!—dijo Eva riéndose, mientras que su primo, aburrido de oír á aquel filósofo, miraba los cuadros que adornaban las paredes de la estancia.

—¡El doctor Morton!—dijo un lacayo, antes que el señor Pickford hubiera respondido.

El Doctor entró alegre, sonriente, amable; sa-

ludó á la joven, á sir Carlos, después á Placial, y, por último, oyó decir á Jedediah:

—Señorita, ya sabéis el objeto de la nueva obra que he emprendido. Extirpar el pecado que nos ciega tan fácilmente, para permanecer ligado al Señor, como el sarmiento lo está á la cepa. Os demostraré mi fe con mis obras. Venid á mí, los que habéis trabajado, pero pecado también, y yo mitigaré vuestras penas y devolveré á vuestras conciencias el sosiego necesario. No nos pesará nunca prodigar el bien, porque de las buenas acciones jamás nos arrepentiremos. Vos, señorita, ya os habéis suscrito al periódico *El Consuelo*. Hoy se trata de una obra muy distinta. Se trata de fundar las *Bendiciones bíblicas*, asociación que necesita un capital de cien mil libras esterlinas, sucursales en Cantón, Yokohama, Melbourne, Islandia, propagandistas por todo el orbe para divulgar las cristianas luces, rifas anuales, y emisión de billetes que permita cada año el reembolso del dos por ciento de las acciones suscritas.

—¡Caridad y especulación!—dijo el Doctor.

—Gracias á la sociedad de las *Bendiciones bíblicas*, aun cuando, como dice Isaías, vuestros pecados fueran rojos como el carmín, se volverían blancos como la nieve; y si fuesen rojos como el bermellón, se transformarían en blancos como la lana.

—¿Perteneceis á la Asociación, señor Jedediah?

—dijo Morton.

—Sí, caballero.

—¿Combatís, pues, la miseria con vuestros tratados, y el vicio con bendiciones?

—Sí, señor.

—¿Y no creéis que la caridad pública remediaría mejor la miseria que vuestros tratados? ¡La pobreza y el hambre son, por desgracia, más fuertes que la piedad!

—¡Lo dudo!—dijo Jedediah.

—Sí, ya lo sé; creéis en vuestros asilos, en vuestros refugios (dijo el Doctor); pero recordad que el *Magdalen hospital*, fundado en 1758, el *Lock asylum*, creado en 1787, el *London female penitentiary*, abierto en 1807, y tantos otros establecimientos que no enumero, en unos cien años habrán socorrido sobre poco más ó menos unas treinta ó cuarenta mil mujeres arrepentidas. ¡Treinta mil en cien años! ¡Cuandola tentación, la desnudez, el hambre horrible, sobre todo, ejercen su influencia á todas horas! ¡Treinta mil mujeres en cien años, cuando habrá en este mismo momento más de cien mil desamparadas en las calles, ó escondidas en las madrigueras de Londres, que no habrán comido en todo el día!

—¡Pobres mujeres! (prorrumpió Eva.) ¡Oh! Yo quiero verlas, socorrerlas, ampararlas.

—Eso es imposible,—dijo Carlos Harrisson.

—Al contrario, es muy fácil, muy fácil (dijo Jedediah.) Hacedos de la *Asociación de las bendiciones bíblicas*.

Placial escuchaba silencioso.

El doctor Morton se encogió de hombros.

—Maestro Jedediah (le dijo): puesto que tan frecuentemente citáis las Escrituras, recordad el Evangelio de San Marcos: «Jesús, sentado enfrente del árbol, veía al pueblo depositar sus ofrendas al pie de su tronco. Algunos ricos dejaban muchas monedas de plata, cuando una pobre viuda vino hasta

allí, y dejó dos piezas de cobre. Entonces, habiendo llamado á sus discípulos, les dijo: Creo, en verdad, que esta pobre viuda ha puesto en el tronco más que los otros, porque ellos se lo quitan de lo superfluo, mientras que ésta ha puesto todo lo que tenía, lo que le restaba para vivir». ¿Qué pensáis de esto, señor Jedediah Pickford?

—No os entiendo,—dijo el filántropo.

—Quiero deciros, que no es por la caridad de los poderosos, sino por la asociación mutua, como pueden consolarse muchas miserias.

—Tal vez; pero....

—Rige, señor Jedediah, en el corazón humano una ley egoísta, que hace que el sufrimiento mate á la piedad, y es preciso, creedme, una gran elevación de ideas para no caer en esta ley. Por otra parte, si la caridad que prevalece sobre el lujo es meritoria, la que se ejerce á expensas de lo necesario es sublime, caracterizando el ideal más hermoso que la humanidad puede tener: la fraternidad.

—¿Entonces, vuestra fraternidad?....

—¡Es la caridad que no humilla, es el bien que triunfa, es el agradecimiento que todo lo sublimiza!

—Aguardad, aguardad (dijo Pickford): permitidme recordaros esta parábola: «Invócame en el día de la desgracia, y yo te libraré y tú me glorificarás».

La señorita Eva, por política, se suscribió á varias acciones de las *Bendiciones bíblicas*.

Pero lo que ella deseaba era ver de cerca aquellas miserias y horrores de que acababan de hablarla. En vano su primo la repetía que era impropio

que viera aquellos lodazales. Fué precisa la intervención de Placial y del Doctor para que desistiese de su proyecto.

—Bueno; estoy persuadida (dijo la joven). Pero prometedme, al menos, señor Estradère, que me traeréis á vuestra hija cuando hayáis conseguido arrancarla de ese infierno.

La joven no observó el gesto de contrariedad que se dibujó en el semblante de su prometido al oír aquellas palabras. Placial, después de despedirse, salió de la estancia muy satisfecho. Abrigaba otra vez la esperanza de hallar á Genoveva, y se decía que la pobre niña hallaría al lado de la señorita Perkins un apoyo seguro, en el caso de que á él le ocurriera algún trágico accidente.

Por la noche, á la hora indicada, Placial se detuvo delante del Banco, acompañado de Katchar. El pequeño Paddy aún no había llegado.

Placial aguardó bastante tiempo. Paddy no venía.

—¡Es extraño! (pensaba el domador.) El niño no ha mentado, sin embargo. Decía la verdad. Su voz, su mirada, todo era sincero en él. ¡Ha debido ir á avisar á ese Patrick!

—Un niño es un niño (dijo el indio, como si hubiera adivinado el pensamiento de su amo). Puede haberle sucedido una desgracia.

—¿Una desgracia?

Placial temblaba á la idea de aquella desgracia, que, si había podido herir á Paddy, también podía haber alcanzado á Genoveva.

—¿Por qué hablas de desgracias, Katchar?

—Porque si el niño no hubiera encontrado algún obstáculo, ya estaría aquí.

—¿Y qué obstáculo?.... ¿Qué peligro?



—Tú me hablaste de Tom-Black. En todos los sitios adonde se encuentra Tom-Black hay un peligro para el que es débil y bueno.

El indio había pronunciado estas palabras con una cólera tan concentrada, con tal expresión de odio, que Placial sintió que una vaga inquietud le invadía por completo.

La idea de que aquel Tom-Black, el cobarde enemigo de Katchar, podía haber amenazado y tal vez hecho sufrir á Genoveva, hacía que se agolpase la sangre á su cabeza.

—Esperemos aún (dijo). Esperemos hasta las diez, y si Paddy no ha venido, nos iremos solos tú y yo, Katchar.

—Y seremos bastantes para castigar á Tom-Black (respondió el indio), si Tom-Black ha puesto la mano sobre tu hija.

Por esta vez, todavía se estremeció Placial al oír al indio decir «tu hija», refiriéndose á Genoveva; pero no de cólera, ni de espanto; sino, al contrario, sintiendo así como un dulcísimo consuelo.

—¡Su hija! ¡Ah! ¡si Genoveva fuera mi hija!

¿Por qué, cuando, algunas horas antes, el pequeño irlandés había hablado del poder que ejercía la mirada de Genoveva sobre Tom-Black, la señorita Eva le había comparado con el que el domador ejercía sobre las fieras? ¿No había en aquella influencia que ambos tenían, algo de extraordinario?

Pero ¿qué le importaba que fuera ó no su hija? La amaba, y la idea de que Tom-Black, aquel Tom-Black que había herido á Katchar siendo niño, la amenazase ó la insultase, le ponía fuera de sí.

—¿Y quién sabe? (dijo Placial en voz alta.) Tal

vez la haya arrastrado á su guarida. ¡Pudiera ser! ¿Será por esto por lo que el niño no viene?

Los dos hombres iban y venían, inquietos, febriles, paseándose por la acera y contando las horas.

¡Las diez!

Placial contó hasta la última campanada que dieron los relojes.

—¡Las diez! ¡Paddy no vendrá ya de seguro!

—¡Oh! Es que Paddy....—dijo el indio, meneando la cabeza.

—Y bien, Katchar: lo que nos proponíamos conseguir guiados por él, es preciso realizarlo los dos solos. Yo conozco el camino, y tú llevas armas. Es menester que para mañana esté rescatada Genoveva.

—Y si pudiera ser, hacer justicia á Tom-Black, —añadió el indio, que oprimía con sus nerviosas manos el pomo de un puñal pendiente de su cinto.

—¡Vamos andando, Katchar!

É internándose en las sombrías calles aquellos dos hombres, resueltos á todo, penetraron en el barrio del crimen, donde la fugitiva, medio agonizante, se sentía ahora embriagada de alegría, al saber que era amada.